

## LA SALVACIÓN DEL BISONTE

Y COMO CIERRE a un cúmulo de desgracias medioambientales nada mejor que un guiño a la esperanza. El telón de nuestro viaje sentimental por las extinciones más conocidas se echa. Quedémonos con algunos aplausos del respetable, justo el momento en el que mi vida como un sioux comenzó a tomar forma, sobre los diez años. Sería por el ya borroso año de la Primera Comunión cuando la vida de bucanero ya no era muy convincente, prefería convertirme en un guerrero indio, hablar lakota y cazar bisontes en las inmensas praderas de Montana o Dakota. Eso era libertad y no llevarse en un barco un mes sin pisar tierra firme y hasta las cejas de grog todas las noches. Primero recogí las plumas que una paloma había dejado en el banco de un parque, y después le pedí a mi madre un trapo antiguo para colocarlo sobre la mesa de mi habitación y construir un tipi con alfileres de la ropa. Más tarde me convertí en guerrero sin participar en la danza del sol. Nada, cosas de la ficción, pasé de puntillas por la ceremonia. Ya tenía el caballo de aventuras anteriores, así que al final tuve que buscarme una partida de caza con la que agasajar al jefe de la tribu y obtener la mano de su hija. Y mi suerte cambió. Un regalo de mi Primera

Comunión, una caja de click de famóvil, llegó a mi vida como una bendición, pues contenía una familia india al completo. Elegí a dos guerreros, de los más valientes del poblado —eso sí, eran los últimos representantes de su estirpe— y decidimos que con la próxima luna saldríamos de caza.

La llanura estaba en calma, bajo las estrellas apenas escuchábamos el canto del cárabo. Con las primeras luces del día, en el escampado que se encontraba junto al consultorio de la Seguridad Social de mi casa, nos echamos a tierra para contemplar una enorme manada de bisontes que pacía tranquilamente en el único solar del barrio que quedaba por construir. La estampida hizo retumbar el suelo, cobramos unas quince piezas y nadie llegó a ver al bisonte blanco, lástima. En el poblado, que estaba situado debajo de la mesilla del teléfono del comedor, nos recibieron como héroes. Teníamos comida para dos meses y me casé con la hija del jefe, *Estrella Guía*. Dos años más tarde nos tuvimos que trasladar más al norte, en la linde de las montañas sagradas. El hombre blanco había fulminado la gran manada de la que nos alimentábamos. Recogimos el tipi en un día nublado, echamos un vistazo a nuestro alrededor y nos despedimos de las grandes planicies. Los bisontes desaparecieron —no sé si fue en un sueño cuando vi a la última pareja cómo se escabullía en los setos cercanos al Centro de Salud— y en su lugar apareció un aparcamiento subterráneo de titularidad pública. Desde entonces no me gustan las películas del Oeste, abomino de John Wayne, porque en *Centauros del desierto* ahuyentó una manada para que no se

alimentaran los apaches y cambio de canal cuando en televisión reponen *La última cacería*. El único personaje que todavía me sigue atrayendo es Wade Hatton (Errol Flynn) en *Dodge City, ciudad sin ley* cuando vaticina, junto a Olivia de Havilland, el rápido final del coloso de las praderas, a pesar de que él mismo había cazado bisontes para alimentar a los hombres del general Dogde, que construían la línea férrea de la Union Pacific.

Los primeros europeos que tuvieron noticia de tan famoso bóvido fueron los españoles. Se sabe que Moctezuma regentaba de su peculio un zoológico en la capital azteca. Bernal Díaz del Castillo, cronista de Hernán Cortés, describió al bisonte como “extraño toro mexicano de cabello leonino, giba de camello y hombros encorvados”, cuando recorrió las instalaciones. La matanza del bisonte de las praderas comenzó muy pronto, con la llegada de los primeros colonos a la costa este de los actuales Estados Unidos. Jorge Luis Borges acertó en su retrato: “Intemporal, innumerable, cero, / es el postrer bisonte y el primero”. Se sabe que la última manada del estado de Pensilvania fue aniquilada en fecha tan temprana como 1799, de la que sobrevivió una pareja, que evidentemente no llegó viva al año siguiente. Entre 1820 y 1840 se organizaron expediciones al norte del gran río Mississippi de hasta 1.100 carros, lo que produjo la caza de 30.000 cabezas anuales. A ese ritmo destructivo acabaron con su población oriental, de la que se conoce que alcanzaba cifras cercanas a los 650.000 ejemplares. Pero la matanza tan sólo había hecho una cosa, empezar. Cuando acabó la Guerra Civil Americana, el gobierno federal

proyectó la construcción de vías férreas que conectaran las gigantescas distancias que separaban los estados de la costa este y las florecientes tierras de California, que se había constituido en estado en 1850. La compañía Kansas Pacific había contratado por quinientos dólares al mes a un cazador natural de Le Claire, Iowa, llamado William F. Cody, Buffalo Hill en los carteles, para que suministrara diariamente a los trabajadores diez o doce cuartos traseros de bisontes. Menuda barbacoa. Y cuando no tenía gran cosa que hacer se dedicaba a competir con otros cazadores para ver quién lograba matar más bisontes en un solo día. Parece ser que nadie logró vencerle y, según algunos estudios, fue capaz de matar en un solo año una media de 5.000 cabezas. De todas formas, sabemos gracias al historiador Pekka Hämäläinen que los indios americanos de las praderas también contribuyeron a su manera al declive de la especie. La nación comanche, desde la introducción del caballo, podía abatir a 280.000 ejemplares al año en la década de 1830, pero el aniquilamiento sistemático se lo debemos al rostro pálido. Hasta la imagen de los pieles rojas se deterioraba cuando abandonaba con pasos lentos la infancia.

En la construcción del Union Pacific —línea férrea que unió por vez primera el océano Atlántico con el Pacífico sobre 1865— se siguió en parte la huella de los viejos caminos que servían de ruta migratoria de las grandes manadas de bisontes, desde los pastizales de verano hasta las piedras de sal en invierno. Una de los caminos más conocidos comenzaba en el río Potomac a través de los montes Allegheny para dividir en

dos la cabecera del río Ohio y concluir en las montañas Blue Ridge, en la parte superior de Kentucky. No es extraño que el Senador Thomas Hart le comentara a los responsables de tender la línea férrea que “el bisonte había allanado el camino para el ferrocarril del Pacífico”. La compañía publicó folletos para animar a los primeros viajeros, pues ofrecía la posibilidad de cazar aquellos tranquilos animales sin necesidad de moverse del asiento. Con sus Winchester en la mano, los pasajeros —adultos y niños incluidos— disparaban incansables desde las ventanillas. Cada cierto tiempo el tren paraba y se bajaban los más osados, los que querían conservar el recuerdo de un gran macho, por lo que se llevaban la lengua o la cabeza para disecarla o lucirla en sus salones. El resto del cuerpo se dejaba al sol, sin que se aprovechara la carne o la piel. Las grandes manadas de bisontes quedaron invariablemente divididas en dos por culpa de la línea de ferrocarril recién inaugurada. El rebaño sur perdió una media de dos millones de cabezas al año, hasta que quedó aniquilado alrededor de 1875, mientras que la construcción de una nueva línea, la Northern Pacific, en la siguiente década supuso el fin de las manadas que todavía quedaban libres. A partir de entonces quedaron al menos grupos aislados en zonas de difícil acceso.

La repentina desaparición del bisonte trajo consigo nuevas desgracias en las praderas. En primer lugar eliminó la fuente de alimentación de las tribus indígenas, que habían elaborado todo un universo social y de creencias en torno al bisonte; en segundo lugar, desapareció también el perrillo de las

praderas (*cynomys ludovicianus*) —un roedor social que vivía en comunidades de más de cincuenta individuos como las suricatas africanas—, que se encontraba asociado al herbívoro de forma simbiótica y, en tercer lugar, la desaparición también del turón patinegro (*mustela nigripes*), el depredador natural de los perrillos. Las praderas cambiaron su aspecto, las tierras se labraron, se plantaron nuevas especies vegetales mucho menos adaptadas que las autóctonas, se alambraron las propiedades y se introdujeron toda una serie de animales domésticos. Un jefe indio lakota llegó a decir en aquellos días: “El bisonte se ha ido, pronto me iré yo”. No le faltaba razón. El ecosistema se transformó en una pálida sombra de lo que cien años atrás se constituían en una de las zonas más vírgenes y extensas del planeta. El espíritu de aquel interminable mar de hierba iba tomando el mismo camino de la paloma migratoria americana: la extinción. Muchos norteamericanos se dedicaron a recoger los huesos de los bisontes repartidos por las grandes llanuras, las montañas que surgieron alcanzaban sin dificultad los diez metros de altura. Al este llegaron hasta 3,5 millones de kilos de huesos para pulverizarlos y convertirlos en abono y como carbón natural para las refinerías de azúcar del Sur. Los bisontes se convirtieron en pocas décadas en el recuerdo de las grandes cacerías y sus cabezas disecadas ornaron los bares y salones de la frontera, más allá del Río Grande, como en *El último tren de Gun Hill*.

Al otro lado del charco la situación también era límite para el bisonte europeo (*bison bonasus*), primo lejano de nuestro

protagonista. Su distribución original se extendía desde la Península Ibérica hasta Rusia, y presente también en el Cáucaso y el noroeste de Irán. Fue motivo principal de los pintores de Altamira y Heródoto, en fechas ya plenamente históricas, cita su presencia en Tracia y Acarnania, al norte de Grecia. Aunque enorme, esta vasta distribución no era continua, pues los bisontes prefieren los espacios boscosos, y en las llanuras eran sustituidos por manadas de uros. La caza y la tala cada vez más intensiva de los bosques europeos para aprovechar la madera o destinar la tierra a la agricultura o al pastoreo redujeron su hábitat. Ya era una especie muy rara en Europa en el siglo XIV, tan sólo quedaban unas pocas cabezas en la región francesa de las Ardenas, que apenas resistieron hasta el final del siglo. Pervivieron algunas manadas en Rumanía hasta 1762 y en la Transilvania, bajo dominio austro-húngaro, hasta 1790. Desde el siglo XVI las dinastías reinantes en Rusia, Lituania y Polonia consideraron que la caza del bisonte era privilegio de la realeza, llegando a castigar el furtivismo incluso con la muerte en algunas ocasiones. Esto permitió una supervivencia más o menos aceptable de este animal en Europa Oriental hasta la Primera Guerra Mundial, cuando comenzaron a ser masacrados por decenas para alimentar a los refugiados y los soldados en el frente. En 1919 murió el último bisonte polaco en libertad en la región de Bialowieza, y en 1927 lo hizo el último ejemplar que vivía en el Cáucaso —desconocemos por falta de datos si se trataba de una subespecie—, como parte de la campaña soviética de los años veinte para erradicar grandes animales de la zona. La

especie se habría extinguido totalmente de no haber en ese momento 50 individuos viviendo en zoológicos repartidos por todo el mundo. Los primos lejanos se encontraban al borde de la tragedia de otras especies, la desaparición inexorable.

En 1923 se tomó conciencia de la situación crítica de la especie, pues había dejado de existir en la naturaleza. Se creó en Polonia la Sociedad Internacional para la Defensa del Bisonte. Hasta 1950 no se consiguió la autorización del gobierno polaco para reintroducir la especie: trece ejemplares (doce polacos y uno caucásico, el último representante de su estirpe, llamado precisamente *Kaukasus*) en el bosque de Bialowieza. De esos trece ejemplares descienden los 615 que habitan el santuario, pero son unos 3000 los que se pueden contar por el mundo. Pero la amenaza de la especie no está lejos, pues su diversidad genética es muy baja y cualquier enfermedad sería desastrosa, ya que tienen menos defensas ante las variabilidades imprevistas del entorno. Al menos, por ahora, podemos contemplar todavía al bisonte tranquilamente rumiando en el intrincado bosque polaco. Otros países europeos se han sumado a la reintroducción de la especie, como Francia, Bielorrusia, Ucrania, Lituania, etc... Incluso España tiene previsto crear una manada en Cantabria al abrigo del complejo turístico creado en los alrededores de la cueva de Altamira. Un animal como el bisonte cuando avance el siglo XXI no pasará de convertirse en una atracción turística, pues nunca dejará de ser una manada reducida en un entorno de semilibertad más propio de un parque temático.



Volvamos a las praderas, al momento clave de la supervivencia del bisonte americano. Allí comenzaron a oírse las primeras voces proteccionistas en la década de 1880, aunque todavía sin éxito. La tragedia se mascaba como el tabaco de los cowboys y las palabras del general Sheridan en el sentido de no brindar ningún tipo de ayuda a la especie desde el gobierno federal, pues era el alimento de las levantiscas tribus de las praderas, venía a complicar las cosas. En 1880 murió el último bisonte en Kansas y se exterminó la última gran manada en libertad, en las fronteras entre Kansas y Colorado. En 1885 el bisonte estaba a punto de extinguirse, las poblaciones aisladas habían dejado de ser viables desde el punto de vista genético. En 1899 se abatieron los cuatro últimos ejemplares que vivían en Buffalo Springs, Texas. Un recuento a principios del siglo XX arrojaba la cifra aproximada de 85 ejemplares en libertad, de las cincuenta millones de cabezas que poblaban las grandes llanuras. Además se podía contar, como reserva estratégica, con algunos ejemplares de parques zoológicos repartidos por medio mundo, uno de los que sumaba más representantes de la especie era el del Bronx, de Nueva York. En Canadá podían sumar unos 500 ejemplares, de la subespecie conocida como bisonte de bosque, que pudo taxonomizarse cuando se encontraba casi extinguida.

La salvación del bisonte iba a provenir de los mismos granjeros que se apoderaron de sus tierras y roturaron las tierras baldías, como se conocían entonces gran parte de las grandes llanuras de las dos *Dakotas*. James Philip en Dakota del Sur se

convirtió en uno de los principales salvadores del bison. Compró en 1899 un pequeño rebaño de 74 bisontes que se encontraba en Dug Curlin. Poco antes de la muerte de Philip, en 191, se había multiplicado hasta alcanzar los mil individuos. Un poco antes, su colega, Peter Dupree había atrapado a cinco recentales en Río Grande, que quedaron huérfanos después de una brutal cacería. Se los llevó a su finca junto al río Cheyenne y allí alcanzó los 74 ejemplares en pocos años. En esos mismos años, dos granjeros de Montana, en la frontera de Canadá, Michel Pablo y Charles Allard, buscaron bisontes aislados en sus enormes fincas ejemplares de pura raza y consiguieron un rebaño de 300 bisontes. El gobierno estadounidense no quiso comprar las tierras en 1905, así que Canadá acogió la manada y se constituyó el Parque Nacional de la Isla de Elk. Y, por último, la reserva genética se reforzó con la aparición de una manada aislada en Antepole Island, Utah.

En 1905 se creó la Sociedad Americana del Bisoite con el presidente Theodore Roosevelt entre sus miembros más destacados. Los fondos públicos no se hicieron esperar. Algo parecido ocurrió en el país vecino, pues el gobierno, ahora sí, compró las tierras en las que todavía había bisontes para protegerlas de granjeros y cazadores. En la actualidad se estima que la población de bisontes americanos llega a los 350.000 individuos, pero son una sombra de tiempos pretéritos. La única manada que vive en estado salvaje total se encuentra en el Parque Nacional de Yellowstone —3000 ó 3500 individuos descendientes de 23 ejemplares que quedaron recluidos en las

zonas más inaccesibles tras una gran cacería—, tan sólo cuatro manadas no tienen una contaminación genética producida por el cruce con el ganado doméstico y muchos de los rebaños padecen brucelosis, una enfermedad contagiosa que produce abortos, retención de placenta y crías débiles. Son alimentados en invierno, pues ya no pueden emigrar, debido a que su hábitat está en su mayoría vallado y rodeado de tierras de cultivo o ciudades. Los turistas armados con sus cámaras fotográficas aseguran en nuestros días su existencia, aunque se nos aparezcan como los señores de las praderas de un oeste americano que no pasa de ser un decorado de cartón piedra.

Cuando se llega a los cuarenta, la vida en las praderas no se olvida, o no se quiere olvidar, pero se hace más dura que nunca. Armado de paciencia he podido reunir una manada de bisontes, compuesta por un gran macho, dos hembras y un recental, que tardó mucho más en aparecer. Los compré por Internet, de la marca de figuras de plástico Schleich, que reproduce de forma fidedigna los animales que habitan el zoológico de Berlín. Primero conseguí el pedestal, luego pinté el suelo, puse algunas rocas y, por último, la hierba alta que se perdía en el horizonte, como en los nobles tiempos de George Catlin. Espero que a partir de ahora la especie no corra peligro en la estantería de mi despacho, porque cada primavera rechazo la invitación en forma de tarjeta postal de *Nube Blanca*, jefe de los iowas, para ir a cazar bisontes a Wyoming.



CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA:

REINO: Animalia. FILO: Chordata. CLASE: Mammalia. ORDEN:  
Artiodactyla. SUBORDEN: Ruminantia. FAMILIA: Bovidae.  
SUBFAMILIA: Bovinae. GÉNERO: Bison. ESPECIE: B. bison.  
NOMBRE BINOMINAL: Bison bison, Linnaeus, 1758.



CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA:

REINO: Animalia. FILO: Chordata. CLASE: Mammalia. ORDEN:  
Artiodactyla. SUBORDEN: Ruminantia. FAMILIA: Bovidae.  
SUBFAMILIA: Bovinae. GÉNERO: Bison. ESPECIE: B. bonasus.  
NOMBRE BINOMINAL: Bison bonasus, Linnaeus, 1758.

